

EVANGELIZAR, OPCION PARA RESUCITAR EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

POR

FEDERICO MÜGGENBURG (*)

A partir de la sorpresiva y fulminante caída de los gobiernos comunistas de Europa del este, de la guerra del golfo pérsico, y de la gradual pero consistente desintegración del otrora imperio soviético, se nos ha venido encima una verdadera oleada de interpretaciones sobre estos acontecimientos, sus aparentes causas y sus previsibles consecuencias.

Para algunos nostálgicos del marxismo, se trata sólo de una nueva fase del proceso dialéctico de la historia; para otros llamados neoliberales, se trata del triunfo aplastante de un modelo económico exitoso sobre otro modelo económico fracasado. Uno de estos yendo más allá en su particular interpretación, cual es el caso del norteamericano Francis Fukuyama asesor del presidente George Bush, dice que se trata del «fin de la historia»; con lo que daría la impresión de haber embotellado un elixir escatológico, haberlo bebido de golpe y padecer ahora las consecuencias de una falla de asimilación expresada en intoxicación aguda.

Hoy cualquier insensato, parece estar autorizado a explicar sus visualizaciones históricas a la luz de los acontecimientos, y no podía sustraerse a esas interpretaciones, el acontecimiento inminente del Quinto Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo.

Ha resurgido con un nuevo lenguaje la «leyenda negra», que pretende caer como pesada losa sobre la epopeya del siglo de oro español. Se dice por la voz incluso de los beneficiarios mestizos

(*) Módulo Cultural Hispanoamericano (México).

de esa epopeya, que se trata de un «Ecocidio» cometido sobre los pueblos indígenas prehispánicos al haberse destruido su salud, su hábitat, su cultura y su religión.

Y no es difícil descubrir detrás del pretendido embozamiento de una supuesta «Ecología de la liberación» a los mismos autores de la hoy desprestigiada y todavía llamada «teología de la liberación».

Y más aún, frente a esta «leyenda negra» nuevamente financiada desde el mundo protestante y sajón, como claramente señalará en marzo pasado el entonces presidente de la CELAM, Obispo Darío Castrillón, surge ahora promovida por los tibios y dubitativos, la composición de una llamada «leyenda rosa», como si para enfrentar a la leyenda de la mentira hubiera necesidad de aceptar que la verdad es una leyenda también, y así buscar en el colmo de los equilibrios, una supuesta «verdad dialéctica», síntesis de lo que es por contradictorio, incompatible.

Así se ha querido poner en entredicho la convocatoria que la máxima autoridad de la Iglesia Católica, el Papa Juan Pablo II, lanzó para preparar con un novenario de años el Medio Milenio del inicio y vivencia del evangelio en las tierras americanas.

Mas para los fieles a la autoridad y al magisterio del Vicario de Cristo en la tierra, los fieles al sucesor de Pedro, las leyendas de cualquier índole que sean, sólo son eso... leyendas... porque los fieles, si nos atenemos a la historia, que es maestra de la vida.

Resulta conocido por todos los aquí presentes, cómo los grandes sistemas políticos y sus derivados socio-económicos tanto los antiguos como los modernos, sustentan su ideología y hasta su praxis en reales o fingidas concepciones de la historia, y que en ello fincan en gran medida la razón de su éxito, mientras este dura, y en proporción de su amplitud, universalidad, permanencia y capacidad de poder dar o aparentar dar, satisfacción a una de las necesidades más vitales del hombre.

Misma que reside en que, el hombre, además de ser naturalmente social, y por ello político, es, aún más, esencialmente histórico, pues para lograr la comprensión de cada una de las situaciones actuales de su existencia, tiene que hacer una referencia al

comienzo y al fin de su tiempo personal, y no sólo eso, sino que alcanza toda su profundidad, cuando esa referencia es al principio y final de la vida de la humanidad.

Por ello, el hombre que entiende el principio y el fin sólo como principio y fin de sí mismo, fracasa necesariamente en su realización y por ello luego inventa leyendas.

Por el contrario, el hombre hace historia como búsqueda y realización de su propia esencia, entendida como realidad concreta y fundamental del mismo. Pues el hombre, ser histórico, tiene un fin, el cual significa la existencia acabada de una realidad, que fue puesta en su principio como algo que debía madurar en su ser.

De ahí que el problema de la esencia y del sentido de la historia en su conjunto, sea el problema de la unidad de significado de todos los acontecimientos humanos.

Una consecuencia de esto, en su referencia a la vida política, es que cuando un sistema, ideológico y práctico, tiene o aparenta tener una respuesta con validez referida al problema del sentido de la historia, y con ello la seguridad, real o aparente, de poseer la llave del futuro, parece confiable y veraz, sobre todo si, como contrapartida, los hombres a quienes se dirige no contemplan sino el panorama de la politiquería pragmática y errática, a lo más encubiertas con leyendas superficiales y obtusas, que no resuelven el gran problema del sentido de la historia.

Ciertamente como podría verse con la amplitud, que en esta presentación no es posible, los cristianos tenemos la única clave verdadera del sentido de la historia. Pues para el hombre de fe, el sentido de la historia es un misterio que se desvela cuando la vida de la humanidad es alumbrada por la revelación. Por ello en las épocas de fe profunda, los cristianos en su generalidad nunca se sintieron desconcertados, ni menos seducidos por doctrinas o leyendas extrañas, acerca del rumbo de la historia.

Mas, con el decaimiento de la Civilización Cristiana de Occidente, por el enfriamiento de la fe y la corrosión hostil provocada por sus enemigos, la clave del futuro pareció perderse cada vez más para el hombre moderno y el contemporáneo.

A la pregunta vital, ¿hacia dónde marcha la historia?, ¿qué

futuro nos espera?, muchos contestaron: ¿es que marcha hacia alguna parte?, ¿nos espera algo en el futuro? De aquí las prolongadas épocas de políticas oportunistas, circunstanciales, y cada vez más obtusas. A la conciencia católica sucedió la conciencia nacional, a ésta la conciencia de partido o de clase, y en el fondo el más egoísta individualismo, donde el fin menguado e intrascendente, tan plural como los hombres sean, es la satisfacción del interés o apetito de cada uno, que visto bajo la lente del igualitarismo universal, da significado para algunos al «fukuyámico» fin de la historia.

En el fondo el hombre no se contenta con respuestas vanas y superficiales, menos con leyendas, cuando sus preguntas son vitales. Su necesidad de trascendencia, le exige explicaciones absolutas y opciones definitivas, de las cuales depende para el incrédulo su noción de seguridad, para el creyente su salvación, y en todos una referencia a su principio y a su fin; un fin que se sitúa en un futuro próximo y terreno o que trasciende incluso la muerte y tiene su plenitud en la vida eterna, según sea su incredulidad o su fe.

De ahí la tendencia humana a formular o adherirse a religiones, cosmovisiones o filosofías que sirvan de base a las cuestiones particulares.

Para el incrédulo racionalista, la razón ha sustituido a la fe para descubrir el sentido de la historia; no necesita pues de la revelación divina, su aparente acierto al haber descubierto una pretendida ley del progreso que gobierna la vida de la civilización, explica el éxito obtenido entre occidentales desecristianizados, para quienes la Ilustración y el Iluminismo fueron un sucedáneo de la revelación, y así a imitación de los cristianos organizaron sus nuevas «iglesias», las logias; y nuevos «ritos», los masónicos, con sus propios dogmas, extraídos de la Cábala y sus propios «pontífices» de nombres extravagantes.

A la «revelación de Rousseau» siguieron otras: positivismo, idealismo, marxismo, gramscismo, con sus «profetas» y sus «iglesias».

Hoy declina la hasta hace poco prevaleciente «revelación

marxista», la más ciega y arbitraria de todas y si sobrevivió es porque pareció ofrecer una más elaborada y falsa concepción sobre el sentido de la historia, que llamaron «materialismo histórico», y que fue perfectamente definido por Juan Pablo II, como la resistencia programada a la acción del Espíritu Santo en la historia:

Hoy empieza a forjarse la que está llamada a sustituir a la declinante «revelación marxista», y es la que profetiza Fukuyama, como un «consenso notable en el mundo sobre la legitimidad y la viabilidad de la democracia liberal», a la que unos quieren llamar «liberalismo social», y otros «socialismo liberal», pero que en el fondo parece ser la síntesis determinista de algo así como un «calvinismo-gramsciano».

Ciertamente su determinismo histórico es falso, con horizontes limitados, tan es así que ahí donde no puede dar soluciones de interpretación a otros planes y dimensiones humanas, sobre todo de orden espiritual, recurre al arbitrio fácil de considerarlas simples super-estructuras, que requieren de una revolución cultural que las vacíe de su contenido y las sustituya por uno de nuevo cuño, esta vez, hedonista.

En cualquier caso, resulta claro que la historia, no es un ser personal, y resulta una leyenda mítica el afirmar lo contrario, pues sólo los seres personales actúan y no los entes de razón.

Los hechos históricos importantes no tanto si se les considera aislados, sino en su significación considerada en conjunto, son el objeto de la Historia.

Desde el punto de vista simplemente humano, el conocimiento del objeto de la Historia es una CIENCIA, mas si se le ve desde el punto de vista de la lucha interna del hombre y de los factores personales extra-humanos que intervienen en la Historia, el conocimiento histórico es una SAPIENTIA, que manifiesta un orden más elevado de hechos como objeto de la Historia.

Vistas así las cosas, la problemática presenta ángulos teológicos y metafísicos, y si se le plantea como ciencia, plantea una problemática filosófica.

En cualquiera de los casos, es claro que una interpretación

meramente sociológica o económica resulta totalmente insuficiente y destinada al fracaso de conclusiones falsas.

La lista de los filósofos extraviados, por la pérdida de la fe, sería tan interminable, que podemos señalar sólo sintéticamente que: ni el «Gran Ser», ni la «Idea Absoluta», ni el «Espíritu del Mundo» existen, como tampoco el «hilo conductor», ni el «Hado», etcétera; sino Dios y el hombre, la Providencia Divina y la Libertad Humana.

Sin embargo, lo que debe aclararse es si basta la filosofía por verdadera y elevada que sea, para afrontar el problema que significa escudriñar el sentido de la historia.

Vale decir que siendo la Historia ciencia que se ocupa de los hechos concretos y contingentes, no cabe estrictamente hablando, a la filosofía tal campo, pues ésta se ocupa de los conocimientos universales; además el acontecer humano tiene también una dimensión sobrenatural, y a esas alturas no se remonta la filosofía.

Mas el problema específico del sentido de la Historia y no otros aspectos de la misma, es de lo que se trata, y para este problema, la filosofía resulta insuficiente.

Por lo anteriormente indicado, parece forzoso subir un escalón más en el conjunto armónico de las ciencias y plantear en el plano teológico el problema del sentido de la Historia.

Ahora bien; toda «historia» tiene principio, desarrollo y final, el sentido de la trama requiere necesariamente de estos tres elementos; si se mutilan los extremos, la parte conocida carece de sentido; y si del desarrollo se conoce sólo una mínima parte, el problema se vuelve inextricable.

Resulta obvio que los filósofos de la Historia no pueden dar respuesta al problema de los principios y finales de la misma. Por otra parte ninguna otra ciencia, de la filosofía hacia abajo, puede sostener la pretensión de poder, con el rigor de la seriedad que la materia exige, aportar una solución protológica y escatológica al problema del sentido de la Historia.

No así para el creyente, que por el hecho de serlo puede tener la llave del sentido de la Historia que viene con la fe, el medio es la teología entendida como «*intellectus fidei*», conocimiento de

la fe, y, por lo tanto, movimiento de reflexión para avanzar en el conocimiento de las cosas creídas, por tanto ciencia abierta a todos los creyentes, y no disciplina esotérica de unos cuantos iniciados, aunque, además de las exigencias intelectuales de toda ciencia seria, requiera, no sólo de las luces naturales sino también de la gracia sobrenatural para avanzar en ella, así como de sujeción a la verdad revelada y al Magisterio. Legítimo que la guarda y la enseña.

Siendo en sentido muy estricto teología sólo lo que se refiere al tratado de Dios, a pesar de que ciertamente, las participaciones de la Providencia en la Historia humana corresponden a la teología, por ser referidas directamente a Dios, es cierto que el campo de la historia como objeto científico, incluye sectores no directamente propios de la teología.

Por ello sería más correcto hablar de Hermenéutica teológica, o sea, de la interpretación desde el punto de vista teológico de la historia.

Pues los hechos en sí mismos, no son, ni teología ni filosofía, pero el que los interpreta, lo puede hacer desde el ángulo filosófico o teológico según principios de hermenéutica.

Enfocada desde este punto de vista hermenéutico teológico, del panorama de la historia se desprende una segunda imagen, que la supera cualitativamente y se extiende hasta donde los límites de aquella no alcanzan, los protos y los ésjata a que nos hemos referido, con lo que verdaderamente queda descifrado el enigma del sentido de la historia. Esta imagen que paralela a la Historia profana, la trasciende en todos sentidos, es la Historia de la Salvación.

Esta Historia de la Salud corresponde a la interpretación de la Historia profana desde el punto de vista del plan creador y recreador, esto es, salvífico de Dios. Sus hechos polares son las intervenciones específicas de la Divinidad en la historia de los hombres, de los cuales hace partícipes a éstos por medio de Su Revelación.

La intervención eje de la Historia de la Salvación y por lo tanto de la Historia en general, es la Revelación Suprema del

Padre, que es el Verbo de Dios encarnado. Pues la visión cristiana de la historia es no sólo creer que la Providencia la dirige, sino que tal Providencia se ha manifestado de un modo perfectísimo, concreto y único: con la Encarnación de la Palabra de Dios. Misterio éste que, obviamente resulta imposible de aceptar a los incrédulos, pero que para los creyentes señala cuál es la clave específica de la interpretación del sentido de la Historia.

La Historia de la Salvación que transcurre profunda, determinante y siempre presente, es percibida sólo a la luz de la fe; en tanto que la historia profana consiste sólo en ciertas apariencias superficiales y limitadas en el tiempo, que son perceptibles por la razón, entendido el término apariencia no como algo ficticio, sino como una realidad relativa de la cual sólo se captan ciertos aspectos.

Cristo, Revelación del Padre, por quien y para quien fueron hechas todas las cosas, es el Señor de la Historia. Y hacia El confluyen el torrente profundo de la Historia Salvífica y las aguas superficiales de la Historia profana, las cuales se identificarán cada vez más hasta hacerse una sola en la ocasión de Su Parusía.

Por ello, la genuina visión cristiana de la Historia que descubre el sentido de la misma, no puede dejar de ser profundamente escatológica.

El Señor Jesús, entre su Primera y Segunda Venidas, puntos capitales, que fijan la dirección y el sentido de la Historia, prolonga y hace realidad su acción salvadora destinada a todos los hombres, a través de un Cuerpo Místico, que es la Iglesia, misma a la que ha constituido como depositaria e intérprete infalible de la revelación de los misterios necesarios para la Salvación, entre los cuales se haya el objeto y significado de la Historia.

Por ello, mienten y se equivocan los que dicen que el cristianismo, «no conoce el sentido de la Historia», que «se quedó atrás» o los que inventan leyendas de cualquier color, para desvirtuar la plena y libre voluntad del hombre adhiriéndose a la Providencia Divina, ambos parámetros que determinan el problema del sentido de la Historia.

Podemos decir que la Providencia Divina es la acción miste-

riosa de Dios con respecto a las creaturas, por lo cual las ordena hacia su fin.

Esta Providencia por ser omnipotente y omnisciente, es siempre eficaz, lo cual no significa en ningún modo, que atropelle la libertad humana.

No hay ninguna contradicción entre la acción providente de Dios y la libertad humana.

En última instancia, la Providencia interviene siempre para que, respetando las consecuencias de los actos de los hombres, el cauce de la historia siga el curso que El le marca.

La razón de esto es la siguiente: los actos de los hombres son libres, y producen consecuencias en la vida personal y en la colectividad de la humanidad. Pero, Dios también es libre, y sus actos son omnipotentes, y también actúa y, por todo ello, la eficacia de los resultados de la acción Divina es infinitamente superior a la pobre de los actos de los hombres, aunque fuera la acción resultante de todo un pueblo, o de toda la humanidad.

Dios impone siempre su omnipotente y sapientísima voluntad, según juicios y propósitos inescrutables, sobre todo a aquellos que pretendiendo oponérsele, lo único que consiguen es su propia condenación, aunque hayan sido sin saberlo, cooperadores de los designios de Dios.

Nada puede suceder fuera del gobierno de la Providencia de Dios en lo universal, pero sí con respecto de alguna causa en lo particular, por ejemplo, al respecto de las voluntades de los hombres, como causas eficientes de sus propios actos, afirma Santo Tomás.

Aunque en lo universal, la Providencia es el factor activo, el objeto de tal acción providente es el hombre mismo.

La Providencia Divina, además, puede usar y usa en su relación con los hombres, de los espíritus angélicos que, siendo de naturaleza superior al hombre, en razón del orden jerárquico de la creación, son empleados por él como agentes de su gobierno. Los ángeles buenos a partir de su prueba original, están ya voluntariamente determinados para la opción del bien.

Al Demonio y a los demás espíritus caídos y por ello diabóli-

cos, no corresponde el mundo de los hombres como su ámbito natural. Dios permite su acción interferente, no la quiere positivamente, la tolera, como un mal de daño con respecto a los hombres, del mal El saca mayores bienes para estos.

No siendo el mundo material ámbito natural de los demonios, estos sólo pueden intervenir por permisión Divina, y prevalecer en esta intervención en tanto que los hombres, habitantes naturales, les admitan al ceder a sus seducciones.

Tal cesión puede llegar hasta la posesión individual o social a un punto tal, que Satanás pueda llegar a ser llamado Príncipe del Mundo.

Los hombres nacen, pues, en un campo de batalla, se trata de aquella guerra cuyo origen se remonta a la rebelión de algunas de las creaturas angélicas antes de la creación del hombre; y que a partir de la tentación y la caída original de la humanidad en sus Primeros Padres, también se ha trasladado a este mundo.

Así pues, tanto el tiempo, en el que se desarrollan los hechos propiamente históricos, como la eternidad, en razón de que los primeros protos y los últimos ésjata se ubican en ella, son factores a considerar cuando el tema es el sentido de la Historia.

Además, Cristo Resucitado, que vive glorioso a partir de su triunfo sobre la muerte, y permanece místicamente en su Iglesia y realmente en el sacramento de la Eucaristía, invisible para los sentidos, pero visible para la fe, ha hecho, porque puede y quiere, un injerto de la Eternidad en el tiempo histórico.

Por ello a partir de la Encarnación, hecha con la libre voluntad de la Corredentora, la Siempre Virgen María, la eternidad de Dios, esto es, la simultánea perfecta posesión de una vida sin límites, que en estricto sentido sólo le corresponde a Dios, se ha entreverado con el tiempo de los hombres, cuya naturaleza ha asumido el Verbo.

De todo lo anterior se infiere que la interpretación cristiana de los Hechos Históricos, sería una reflexión racional de los mismos, en base a datos dados por la Revelación, que proporciona los «puntos de apoyo» y la posibilidad de relacionarlos.

La comparación sería la de varios puntos de una curva matemática, así como la de la fórmula que expresa a ésta.

Sin el conocimiento de esta «fórmula» (la clave hermenéutica de la Historia profana es la Historia de la Salvación), y sin el conocimiento de los «ejes coordenados» (Providencia Divina y libertad humana), no es posible trazar la «Curva de la Historia».

Hay pues una «curva» definida de la historia, y si es evidente que la Providencia de un Creador, que para el mundo material legisló leyes que se expresan en fórmulas matemáticas, no podía dejar al azar caótico la vida de la humanidad para la que fue hecha tal creación material.

En la curva de la Historia de la Salvación, cuya generatriz es el propósito salvífico de la Providencia Divina, los puntos fundamentales son: la Creación, la Redención, la Parusía y la Venida del Señor como Juez final.

Tal curva está gobernada por el factor directriz que es el Espíritu de Dios, y tiene un centro, que es el Verbo Divino, por quien y para quien fue hecho todo. La Historia es pues Cristocéntrica.

La razón de ser de la Historia y de que ésta continúe, es completar el número de los elegidos por Dios, que son aquellos que libremente optan por seguir el plan de Dios, la llamada del Salvador, para la integración del Cuerpo Místico.

Cuando tal obra se haya consumado y los hombres hayan cumplido en sí mismos lo que Cristo ya realizó, el tiempo terminará y con él la Historia.

Qué claramente ahora aparece a la vista, el extraordinario salto que dio en la Historia, cuando al ser descubierto un nuevo continente, éste fue evangelizado, es decir, se hizo del conocimiento de sus habitantes paganos, el misterioso mensaje salvífico de Cristo, y cómo con la colaboración providente de la Estrella de la Evangelización, desde el Tepeyac y bajo la advocación de Guadalupe, logró la cristianización voluntaria de los naturales.

Qué claro aparece ahora, todo el panorama de la primera evangelización, qué ridículas y mezquinas las visiones de las leyendas, ahora totalmente descoloridas.

El gran fruto de la primera evangelización llega hasta nuestros días, en un gran mestizaje cultural y racial de origen cristiano.

Con el paso del tiempo y sorteando las mismas vicisitudes que la incredulidad, la impiedad y la secularización han producido en Europa, y hoy se esparcen a escala global, sin embargo, todavía, podemos decir que casi la mitad de la Cristiandad, reside en el ámbito geográfico de la cultura hispánica y todavía reza en una lengua común.

Y que gracias a lo realizado hace cinco siglos y continuado por muchos hasta el día de hoy, es posible escuchar el llamado del Vicario de Cristo, hoy Juan Pablo II, para responder si al reto de iniciar una NUEVA EVANGELIZACIÓN: NUEVA EN SU ARDOR, NUEVA EN SUS MÉTODOS Y NUEVA EN SU EXPRESIÓN.

Es esta una nueva etapa histórica de supervivencia de la dimensión misionera de la Iglesia, los objetivos son: PROFUNDIZAR EN LA FE, ENCARNAR LA FE EN LA CONCIENCIA, EN LA CULTURA, EN LA VIDA Y EN LA POLÍTICA.

Mas, la verdadera y única posibilidad de supervivencia es por resurrección. Lo típico del cristianismo es la resurrección, que se basa en la de Cristo pues si El no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe.

Esta resurrección no es sólo la de los cuerpos al final de los tiempos, sino que ya se da ahora: ¿o no la Iglesia siempre está resucitando, apareciendo ante sus enemigos, como Cristo, vivísima cuando ya se le suponía en el sepulcro, como lo vemos hoy concretamente en la Europa del este?

Este es el verdadero sentido de la vida, al que no se llega sino por el verdadero sentido de la muerte. De igual manera que para tener el sentido del tiempo, se precisa poseer el sentido de la eternidad.

Por ello los cristianos, por la fe podremos tener el verdadero sentido del tiempo y de la eternidad, de la vida y de la muerte.

De aquí que, contra toda impugnación de leyendas, mas con la humildad del que sabe que la posesión de un don recibido gratuitamente no da motivo a soberbias insensatas, sino a humildes reconocimientos, podamos afirmar que nosotros los cristianos his-

pánicos, y más concretamente los que deseamos ser dignos herederos de los primeros evangelizadores del nuevo mundo, los evangelizadores de la primera evangelización auténticamente universal, conozcamos y participemos del verdadero sentido de la Historia, que es el de la expansión del Reino de Cristo hasta el fin de los tiempos. Que así sea.